

La desmitificación “científica” de Benito Juárez: raza y secularización en la escritura biográfica de Francisco Bulnes¹

Benito Juarez's “Scientific” Demythologizing: Race and Secularization in Francisco Bulnes' Biographical Writings

Cristina Beatriz Fernández²

RESUMEN

El artículo está dedicado al libro de Francisco Bulnes *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio* (1904). Esa biografía cuestionaba la imagen consagrada del expresidente Juárez que, para ese entonces, funcionaba como un nexo simbólico entre liberales de diversas tendencias y era una figura icónica de la modernización mexicana. Si bien la polémica sobre Benito Juárez ha sido abordada anteriormente, en especial por estudios historiográficos, el artículo propone analizar ciertos mecanismos retóricos y discursivos de la escritura de Bulnes que funcionan como tópicos que sostienen su argumentación. En primer lugar, el hecho de que, a pesar del dato biográfico de que Juárez había pasado del mundo oral zapoteca a posiciones de prestigio en la sociedad letrada y política mexicana, Bulnes se apoya en apreciaciones pseudocientíficas acerca de la raza para explicar rasgos de la conducta y la personalidad de Juárez. En segundo término, el desarrollo de una exposición de pretensiones sociológicas tendiente a demostrar que esos mismos componentes raciales del sujeto biografiado eran inescindibles de su religiosidad y que esa religiosidad, en su versión católica, era inherente al pueblo mexicano y había propiciado, a fin de cuentas, el culto a Juárez. El proceso de desmitificación de ese culto a Juárez efectuado por Bulnes presenta, entonces, dos ejes interrelacionados: el componente racial y la persistencia de formas pre-seculares de pensamiento que, muy a pesar de las figuras y eventos históricos celebrados por la nación liberal, subyacían en el proceso de modernización mexicano.

Palabras Clave: Francisco Bulnes, Benito Juárez, secularización, modernidad, positivismo mexicano.

ABSTRACT

This paper is devoted to the book written by Francisco Bulnes, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio* (1904). It is a biography that questions the former president Juárez's consecrated image which, by that time, was a symbolic nexus for liberals from different tendencies, an iconic figure of the

¹ Una versión sintética y preliminar de este trabajo fue leída en el Simposio Internacional *Ciencia, cultura y modernidad en América Latina*, organizado por la red de investigación *Science in Text and Culture in Latin America*, auspiciado por Centre of Latin American Studies-University of Cambridge/ Universidad de Oxford/Arts and Humanities Research Council-Reino Unido; Buenos Aires, 8 y 9 de abril de 2016.

² Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMDP).

Mexican modernization. The controversy around Benito Juárez was studied before us, primarily by historians. Nevertheless, this article proposes to analyze some rhetorical and discursive features of Bulnes' writing, which function as topics in his argument. First, the biographical datum of Juárez having past from the oral zapoteca culture to a prestigious position in the political and literate Mexican society is turned into a pseudoscientific explanation based on race to understand his behaviour and personality. Second, the development of a sociological exposition which tries to demonstrate that the same racial features were related to Juárez religiosity. According to Bulnes, this religiosity, specially catholic, was inherent to Mexican people and it had contributed to the establishment of Juárez's worship. Bulnes develops a demythologizing process of this worship supported by two intermingled axis: the racial component and the persistence of pre-secular thinking ways which underlay the Mexican modernization process, in spite of the personalities and historical events celebrated by the liberal nation.

Keywords: Francisco Bulnes, Benito Juárez, Secularization, Modernity, Mexican Positivism.

I

En 1904, dos años antes de que se cumpliera el centenario del nacimiento de Benito Juárez, el siempre polémico Francisco Bulnes publicó una obra titulada *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*, en la cual se proponía efectuar lo que denominaba una "crítica histórica" y desmitificar el rol trascendental que la historia oficial le asignaba a la figura del expresidente Benito Juárez³. El libro, editado en México y París por la librería de la Viuda de C. Bouret, estudiaba especialmente los eventos concernientes al período que iba de 1861 a 1867, cuyo eje fue, como lo anunciaba el título, la intervención europea y la implantación del breve imperio de Maximiliano de Habsburgo en México.

³ Francisco Bulnes (1847–1924) estudió ingeniería civil y de minas en la escuela de Minería. Profesor en la Escuela Nacional de Ingenieros. Periodista, dirigió *La libertad* (orientado por un positivismo de corte spenceriano) y fue redactor de *El Siglo XIX* y *México financiero*, además de colaborar en *La prensa*, *El Universal* y otros. En 1874 fue nombrado secretario y cronista de la Comisión Díaz Covarrubias, que debía observar el paso de Venus en el hemisferio oriental. Profesor de Matemáticas en la Escuela Nacional Preparatoria y de Hidrografía, Cálculo, Economía Política y Meteorología en la Escuela Nacional de Ingenieros. En materia educativa, suscribió el positivismo comteano, recibido por influencia de Gabino Barreda, pero como ocurrió con otros positivistas, en política se adscribió a la visión spenceriana y en cuanto a la historia, al influjo de Taine. Perteneció a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. En política estuvo ligado a Sebastián Lerdo de Tejada hasta su caída en desgracia en 1876. Fue Jefe de Hacienda en Cuernavaca y se acercó al porfirismo a través de *Manuel Romero Rubio*, exlerdista, como el mismo Bulnes, y suegro de Porfirio Díaz. Durante treinta años fue alternativamente Senador y miembro de la Cámara de Diputados, representando a los estados de México y Morelos y al territorio de Baja California, desde el gobierno de Lerdo de Tejada hasta el de Madero. Integró comisiones que trataron problemas mineros, bancarios y referidos a la deuda pública, y fue consultor de varios ministerios. Participó en el primer y segundo Congresos Nacionales de Instrucción (1889 y 1890) y fue comisionado por el vicepresidente Corral para redactar un plan de leyes que sirviera de base para el código de compensación del obrero. El estallido de la Revolución impidió que su proyecto fuera tratado en el congreso. Siguió en sus puestos legislativos durante los gobiernos de Madero y de Huerta aunque muchos lo consideraron un enemigo de la revolución. Un artículo suyo cuestionando el accionar de Carranza, en 1915, motivó su autoexilio preventivo: no sin razón, pues cuando entraron en la ciudad de México los carrancistas una de las primeras casas saqueadas fue la suya. Vivió un año en Nueva Orleans y cinco en La Habana, Cuba, antes de regresar a México. En el año 1921, con la muerte de Carranza, regresó a su país, donde ejerció el periodismo hasta su muerte en 1924. Orador y polemista temido por su sarcasmo, escribió sobre sociología, economía e historia. Antes del libro sobre Juárez, ya contaba en su haber con obras como *Sobre el hemisferio norte, once mil leguas. Impresiones de viaje a Cuba, los Estados Unidos, el Japón, China, Conchinchina, Egipto y Europa* (México, Imprenta de la Revista Universal, 1875), *Defensa y ampliación del discurso pronunciado el 21 de junio de 1903 ante la Convención Nacional Liberal* (1903), *Las grandes mentiras de nuestra historia. La nación y el ejército en las guerras extranjeras* (1904). Posteriormente, en la misma línea escribiría *La guerra de Independencia, Hidalgo e Iturbide* (1910), *Rectificaciones y aclaraciones a las memorias del general Porfirio Díaz* (1922), *Los grandes problemas de México* (1926), *Toda la verdad acerca de la revolución mexicana. La responsabilidad criminal del presidente Wilson en el desastre mexicano* (1916, primera edición en inglés). Era un autor muy leído pero también muy discutido llegando, incluso, a sufrir ataques físicos o a batirse en duelo un par de veces por sus escritos en la prensa. Para esta síntesis, seguimos a Lemus, 1965.

Esta obra causó un verdadero revuelo en el campo político y cultural mexicano de principios de siglo: recordemos que Bulnes era una de las figuras más conocidas dentro del grupo de políticos e ideólogos conocidos como “los científicos”, por su adscripción a la filosofía positivista y la orientación científicista tanto de su interpretación de la realidad como de las intervenciones que proponían en la esfera social y política, un rasgo que fue común a los diversos positivismos latinoamericanos⁴. Estos *científicos* representaban un sector importante dentro del grupo que acompañaba al presidente Porfirio Díaz, quien, a pesar de haberse opuesto a la reelección de Juárez en 1871 y a la de Lerdo de Tejada en 1876, había incidido en la misma práctica y llevaba ya varios años en el poder⁵.

Asesor de varias secretarías de la presidencia, representante en la Cámara de Diputados en sucesivos períodos por el partido gobernante, periodista e ideólogo cuya voz era siempre escuchada, no es difícil imaginar el eco que las palabras de Bulnes causarían en ese primer centenario de Juárez⁶. Aunque el autor se proponía establecer *la verdad histórica completa* en relación con las luchas del período de la intervención, “[...] con la calma necesaria excluyente de tumultuosos sentimientos patrióticos, con el método que impone un razonamiento riguroso y con las pruebas irrefutables para no incurrir en errores ni en declamaciones” (Bulnes, 2009a, p. 291), el asunto era delicado porque Juárez era una figura emblemática para el partido liberal mexicano que, en gran medida, estaba encolumnado tras la presidencia de Díaz. Bulnes apelaba a “Los hombres de buena voluntad y de buena ilustración” para que emitiesen un juicio final sobre la figura de Juárez, “llevando en consideración los fundamentos emanados de una crítica sana, apoyada en hechos y pruebas incontestables” (2009a, p. 591). Pero, a pesar de este llamado a la ecuanimidad en la evaluación de pruebas y datos históricos, su prosa beligerante desató una polémica de inusitadas proporciones.

Y es que al decir de Bulnes, Juárez, el expresidente mexicano gestor de las secularizadoras leyes de Reforma, adversario del emperador Maximiliano y del ejército de ocupación, no había sido más que una medianía intelectual y política,

⁴ Oscar Terán cuestiona la idea del positivismo como una filosofía homogénea, aduciendo que funcionó como una *caja de herramientas* de la cual los intelectuales se apropiaron con un evidente desprecio (1983, p. 20). Respecto de los *científicos*, se suele mencionar como fecha de nacimiento del grupo el año 1892, cuando Porfirio Díaz se preparaba para su cuarta reelección. Un nuevo partido político, *Unión Liberal*, se formó con miras a brindar su apoyo al mandatario y en él se agruparon muchos colaboradores del periódico *La Libertad*, desde cuyas páginas justificaban el régimen. El manifiesto de ese nuevo partido apareció el 23 de abril de 1892 y lo firmaban Manuel M. Zamacona, Sóstenes Rocha, Justo Sierra, Rosendo Pineda, Carlos Rivas, Pedro Díez Gutiérrez, Pablo Macedo, José Ives Limantour, Francisco Bulnes, Vidal Castañeda Nájera y Emilio Álvarez. En él se exponía la tesis de que consolidar un estado de orden era un paso previo y necesario para gozar de las libertades cívicas plenas y se proponía analizar *científicamente* la situación social de México antes de implantar el orden más conveniente para el país. Fue esa pretensión la que motivó que el nuevo partido fuese conocido como el partido de los *científicos* (Zea, 1968, p. 401). Al decir de Charles Hale, el término *científico* comenzó a aplicarse en el contexto de un debate constitucionalista. Mientras que el gobierno de Porfirio Díaz (1877–1880 y 1884–1911) había sido apoyado inicialmente ante lo que se percibía como la necesidad de una autoridad central, en la década de 1890 ya se avizoraba la necesidad de colocar límites a su gestión, en exceso centralizada y personalista. En ese contexto se propuso la reforma de varios artículos de la constitución, entre los cuales se destacaba la inamovilidad de los jueces, propuesta que el mismo Justo Sierra presentó en 1893 y cuya posición era compartida con Francisco Bulnes. Sierra, Bulnes, y otros defensores de esa posición, como Manuel Flores, Ramón Prida y Arteaga y Pablo Macedo, fueron tildados de *científicos* por quienes se oponían a la estabilidad judicial (Hale, 1997, p. 15).

⁵ En efecto, si se descuentan los cuatro años en que presidió el gobierno nacional Manuel González (1880–1884), Porfirio Díaz era la figura central de la política mexicana desde 1876, centralidad que terminaría con la Revolución mexicana y que dio su nombre a la época conocida como el *porfiriato*.

⁶ Entre quienes refutaron su primer libro sobre Juárez se encuentran: Adalberto Carriedo, Francisco G. Cosmes, Juan Pedro Didapp, Genaro García, Victoriano Salado Álvarez, Carlos Pereyra, Fernando Iglesias Calderón, José María Romero, Ignacio Mariscal, Leonardo R. Pardo, Ramón Prida, José R. Del Castillo, Gabriel González Mier, Hilarión Frías, José T. Pérez y Justo Sierra (Escoto, 2008, p. 46). En 1905 el mismo Bulnes trató de responder algunas observaciones en su nuevo libro *Juárez y las revoluciones de Ayutla y Reforma*, pero en esa ocasión sus diatribas ya no tuvieron el mismo eco. Téngase en cuenta que algunos de estos libros que se oponían a Bulnes fueron pagados por el Ministerio de Relaciones Exteriores, a cargo de Ignacio Mariscal, quien era el candidato *no científico* a la vicepresidencia, cargo que finalmente obtuvo Ramón Corral, apoyado por los científicos. Para el mapa político de la cuestión, remitimos especialmente a *La polémica sobre Benito Juárez* (Jiménez Marce, 2003, pp. 129–206).

que había contado con algunos buenos ministros y asesores, con militares verdaderamente heroicos que se arriesgaron en las batallas para defender la causa liberal y con una dosis importante de buena suerte⁷.

Afirmaciones de este tenor resultaban profundamente revulsivas pues, hacia el final del Porfiriato, la figura de Juárez había adquirido un rango casi heroico, y esto explica por qué se escribieron varios libros y artículos para refutar a Bulnes, en un debate que excedió, como era de esperar, el campo netamente historiográfico, pues tomaron partido en él otros *científicos*, así como miembros del grupo que, aun dentro del porfirismo, se oponían a estos últimos: los seguidores del general Bernardo Reyes o *reyistas*, más algunas figuras independientes o conciliadoras, como el ministro de Instrucción Pública, Justo Sierra. A esto se sumó un formal desafío a batirse en duelo, lanzado por el hijo de Juárez y evitado por intervención de terceros, e incluso pedidos de que Bulnes fuese expulsado de la Cámara de representantes, ante lo cual nuestro autor amenazó con mudarse a los Estados Unidos con carácter de exiliado político (Brading, 1996, pp. 633-634).

Dicho esto, aclaramos que no es nuestro objetivo evaluar la precisión histórica de las afirmaciones de Bulnes sobre Juárez o sobre el período de la Intervención y el Imperio. Tampoco analizar el rol que cumplió la escritura bulnesiana en la revisión de la historiografía liberal mexicana, pues ciertamente la polémica que se desató no solo involucraba una nueva apreciación del rol histórico de Juárez sino, asimismo, un cuestionamiento a la perspectiva ideológica, tipología de fuentes empleadas y a los usos retóricos con los que se venía escribiendo la historia oficial en la vertiente liberal. Aspectos todos que han merecido análisis de estudiosos como David Brading, Erika Pani, Rogelio Jiménez Marce, Alicia Salmerón, María Luna Argudín o Ariel Rodríguez Kuri, entre otros⁸. Nos proponemos, en esta ocasión, señalar algunos aspectos que son transversales a la reflexión de Bulnes y que vertebran no solo su lectura de la historia mexicana sino de la modernidad como un proceso cultural que adoptó, en el caso mexicano, ciertos rasgos peculiares.

II

Una de las tesis centrales del libro es que la actuación de Juárez no había salvado a la república y a los ideales liberales, sino a una combinación de ciertos

⁷ En realidad el libro tenía un precedente importante. Bulnes no apoyaba a Díaz *per se* sino porque creía en la necesidad de un gobierno fuerte y centralizador. Esta posición lo había alejado de los liberales extremos o *jacobinos* y ya en un discurso que había pronunciado el 21 de junio de 1903, ante la Convención Nacional Liberal, había atacado a los *jacobinos* mediante acusaciones dirigidas contra el héroe de los liberales, es decir, Juárez, aduciendo que había sido su torpeza política la que había tornado inevitable la invasión extranjera y culpándolo de asociarse con los norteamericanos. Ese discurso había merecido la airada reacción de los masones, los obreros, los estudiantes de Derecho y el Comité Patriótico Liberal, quienes se manifestaron mediante marchas, artículos en la prensa, folletos y libros. Para Ariel Rodríguez Kuri, en ese discurso está el programa intelectual que Bulnes cumpliría en sus libros historiográficos posteriores.

⁸ Se ha señalado que el modo en que Bulnes escribió este y otros libros, como su serie *Las grandes mentiras de la historia*, cuestionaban el programa narrativo de la historia liberal mexicana, representado emblemáticamente por *México a través de los siglos*, obra dirigida por Vicente Riva Palacio. Uno de los ejes de ese programa liberal había sido trazar una línea de continuidad entre Cuauhtémoc, Hidalgo y Juárez haciéndoles aparecer como héroes de una misma nación, esencialmente la misma a través de los siglos (Luna Argudín, 2008, p. 791).

Respecto de los usos retóricos en Bulnes, se ha señalado la contradicción entre el apasionamiento y la pretendida científicidad en la escritura de la historia (Moreno García, 1988, p. 63-64), la adopción de modos de persuasión propios de la oratoria cívica desarrollada frente a la tribuna pública (Jiménez Marce, 2003, p. 10), el cuestionamiento al gran programa narrativo de la historia oficial liberal, en la que se veía al héroe como el impulsor de las grandes acciones que habían forjado a la nación (Jiménez Marce, 2003, p. 16). Para el uso –y abuso– de la ironía, la paradoja y los enunciados contrafactuales en Bulnes, es insoslayable Jiménez Marce 2003. Para Rodríguez Kuri, el éxito público de Bulnes podría explicarse si se acepta que “escribió una historia oficiosa del México liberal. Una historia oficiosa sería aquella escrita por una persona que, desde la perspectiva del lector ilustrado, reúne las competencias intelectuales necesarias para tal empresa, pero además es públicamente admitido que habla desde *adentro* (es decir, desde una cercanía política, conceptual y emocional) de la cosa que está historiando” (Rodríguez Kuri, 2005, p. 414).

militares mexicanos, de figuras como Matías Romero que desde los Estados Unidos obstaculizaba el reconocimiento diplomático del imperio mexicano, de los desacuerdos en el seno del partido o facción conservador-clerical y de la impericia del mismo Maximiliano de Habsburgo, a quien Bulnes califica, con su amor por las paradojas, como el principal aliado del presidente Juárez. Por ello, la asociación de este último con las leyes de Reforma, motivo central de lo que Bulnes llama el “culto a Juárez”, es relativizada en su escritura y nuestro autor procurará explicar esas leyes de Reforma como la expresión local de un fenómeno histórico más amplio. En consonancia con lo antedicho, la revisión bulnesiana del período historiado deviene en una interpretación del modo peculiar en que se desarrolló la modernidad, en tanto que proceso social y cultural, en el contexto mexicano. Hay un procedimiento en la argumentación de Bulnes que consideramos central, si se atiende al hecho de que es consustancial al concepto de *modernidad* su vinculación con la noción de *secularización*. Ese procedimiento es atacar los presuntos rasgos secularizadores atribuidos a la persona y la actuación de Juárez para convertirlo, en cierto modo, en un sujeto *antimoderno*.

Siguiendo una línea de razonamiento plagada de paradojas, Bulnes concluía que uno de los saldos positivos que había dejado la Intervención era convencer al clero mexicano “de que en los tiempos modernos ya no hay cruzadas, ni monarcas católicos que hagan conquistas por la fe, empuñando el estandarte de Constantino, Carlomagno y Hernán Cortés” (Bulnes, 2009a, p. 559). En su opinión, la intervención extranjera, propiciada por el partido clerical, no era más que un efecto lógico de la conformación mental del católico latino, para el cual la traición a la patria era un delito menor que la traición a la religión. Desde esa perspectiva, no cuestionaba a los católicos ascetas ni místicos, cuya mirada estaba puesta en el otro mundo. Tampoco a los católicos combatientes, vociferadores y demagogos, que generalmente devenían en un profetismo bastante ineficaz en su paso a la acción. Esos representaban “tipos antisociales de católicos [que] existen aun, especialmente en el sexo femenino” (Bulnes, 2009a, p. 336). El verdadero adversario estaba, para él, en el católico en su versión moderna, es decir, el

[...] católico eminentemente social, político y evolucionista, [que] es una creación del jesuitismo. Sin los jesuitas la religión católica estaría en el vasto osario de las instituciones que, empeñándose en no marchar, se empeñan en morir. El jesuitismo reconoce el patriotismo *con reservas*, la libertad *con reservas*, la democracia *con reservas*, el socialismo *con reservas* y es capaz de llegar a reconocer el ateísmo *con reservas*. Para el jesuitismo nada de lo que presenta la civilización moderna es condenable desde el punto de vista católico, si oportunamente se hacen las debidas reservas (Bulnes, 2009 a, p. 336).

La cita que precede pone de manifiesto el problema de fondo que Bulnes está desnudando: el conflicto, en el seno de la cultura moderna, entre la ciencia y las formas de pensamiento racional que promueve, por un lado, y las estrategias que adoptan creencias y prácticas premodernas –como el catolicismo, según Bulnes– para sobrevivir en el mundo moderno. De algún modo, nuestro autor sostiene la idea básica de que la fe religiosa es imposible en un mundo donde el criterio de verdad ya no lo fijan las creencias sino la ciencia, como se infiere del párrafo donde compara al clero francés con el mexicano, desacreditando el supuesto mayor grado de civilización alcanzado por el primero porque, precisamente, cae en la inconsistencia de querer apoyar la creencia religiosa en

pruebas científicas:

[...] La superioridad del alto clero francés sobre el alto clero mexicano consistía en la elocuencia admirable y en el uso de la invención de querer demostrar con la ciencia lo que se condena con la ciencia: la revelación. Prefiero escuchar un sermón mexicano enteramente mexicano, empleando la fe como fuente de creencias, que uno de esos brillantes baturrillos a la Frémont o a la Lacordaire, en que se pretende probar la *resurrección de la carne* con la química, la mecánica y la balística (Bulnes, 2009 a, p. 381).

Pensar en algo así como un catolicismo ilustrado es imposible para Bulnes: la religión como fuente de certezas ha sido desplazada por la ciencia y, por lo tanto, no tiene lugar en la cultura moderna. Sin embargo, no puede soslayar la presencia de rasgos propios de las mentalidades religiosas, en particular católicas, en la constitución de la ciudadanía mexicana. Para nuestro belicoso escritor, la educación católica era un lastre compartido por blancos, mestizos e indígenas en México, que explicaba la pasividad de los ciudadanos ante los eventos de ostensible corrupción política, que la opinión pública mexicana era incapaz de corregir o simplemente denunciar:

Esta gran inercia es el sedimento secular de la educación católica antigua que sancionaba el derecho divino. Con gobiernos de derecho divino, es crimen para el pueblo exigirles responsabilidad por sus actos. *Un pueblo sincero y fielmente católico está incapacitado para ser pueblo libre*, por sus antecedentes que lo han sumergido en la abyección, a la que se da [el] nombre de purificación (Bulnes, 2009a, p. 320).

Bulnes, quien en este y otros libros se oponía a los *liberales jacobinos*, es decir, a quienes propugnaban una genuina salida democrática al régimen de Díaz, desarrolla un análisis de pretensiones sociológicas para esclarecer por qué el catolicismo consustancial a las masas mexicanas las imposibilitaba para la democracia: “En México [...] la clase indígena es nominalmente católica y la mejor prueba de la falta de voluntad práctica o política, es que el soldado indígena sirve, forzado o voluntario, con igual indiferencia todas las causas” (Bulnes, 2009a, p. 461). Simultáneamente, señala que “En la clase media reside el *profesionalismo* y sus intereses son como en todo el mundo [,] industriales, y el industrialismo ha sido el representante de la ciencia, o sea, el enemigo natural del clericalismo” (Bulnes, 2009a, p. 461). Economía industrial y desarrollo científico son, entonces, dos rasgos de la modernidad anhelada por Bulnes que, en poderosa imagen cinegética, describe como un estado civilizatorio al cual se enfrenta, inútilmente, el catolicismo en su versión modernizada, el jesuitismo: “La civilización, siendo más fuerte que el jesuitismo, hace que este vaya marchando hacia adelante y olvidándose cada día más de cumplir el programa de las reservas. El jesuitismo es un cazador con piernas de elefante que persigue a un ciervo infatigable en un campo infinito” (Bulnes, 2009a, p. 337). Por la misma razón, es esta imbricación entre científicismo, liberalismo y modernidad la que le permite enunciar una valoración sociológica –aunque claramente inde demostrable– como la siguiente:

[...] El partido liberal sufrió numerosas derrotas y, no obstante ellas, vivía, luchaba, crecía. El partido conservador fue vencido, no obstante haber alcanzado numerosas victorias. Lo que prueba que la fuerza del partido conservador era puramente militar, mientras que la prodigiosa resistencia del partido liberal a las derrotas, prueba que su fuerza era indefectiblemente social (Bulnes, 2009a, p. 461).

Pero, lejos del optimismo alimentado por la utopía del progreso inevitable, Bulnes notaba en esta modernidad, en su versión mexicana, un cono de sombra, algo así como la persistencia de modos y costumbres atávicos que se desdecían del proceso civilizatorio deseado. Entre ellos, era singularmente problemática la supervivencia de prácticas que no resultaban apropiadas en una época que se pretendía emancipada del dogma religioso, secularizada. Cuando relata el episodio en que las fuerzas francesas de ocupación condenaron a ciudadanos que habían insultado a miembros del ejército extranjero, afirma: “Un simple delito de injuria se confundía con el delito de blasfemia de la legislación antigua, lo que prueba que los franceses en México, en 1865, no se consideraban hombres sino divinidades” (Bulnes, 2009a, p. 332). Este modo de rendir tributo a figuras y objetos rodeados por un aura de sacralización, tiene un ejemplo en su descripción, eminentemente irónica y paródica, de los homenajes a la pierna perdida en combate –o durante la huida de una batalla– por el general Santa Anna, veneración que había alcanzado visos grotescos. Dice Bulnes:

La descripción del *homenaje nacional* a poco más de un kilogramo de huesos blanqueados y perfumados que habían armado la pantorrilla militar de su alteza, era imponente como prueba decisiva de las expansiones borrascosas de la humana abyección. Ni la entrada a la ciudad de México del ejército trigarante en 1821, ni la procesión del Corpus del año 1834, memorable por su fausto y solemnidad, ofrecieron esplendor igual al paseo triunfal del *miembro* que, como amuleto oriental, debía ser el signo de la felicidad de los mexicanos. El *miembro sagrado* se colocó en un catafalco *pernil* conseguido expresamente para circunstancias tan excepcionales, porque era la primera reliquia de hombre vivo que honraba la humanidad. Los oradores más notables se desataron en salmos salomónicos contra la pierna y hubo uno que aseguró que la pierna desde lo alto de su catafalco, contemplaba al pueblo mexicano feliz a los pies de su benefactor, el general Santa Anna. Poco tiempo después, el dueño inmortal de sus inmortales restos fue arrojado del poder por medio de un *soberbio cuartelazo* y el pueblo prorrumpió en sonoros y frenéticos aplausos (Bulnes, 2009a, p. 453).

En la misma línea, en otro libro publicado en 1904, *Las grandes mentiras de nuestra historia. La nación y el ejército en las guerras extranjeras*, su crítica al sistema pretoriano o militarista –causa del enfrentamiento entre científicos y reyistas, digámoslo de paso– lo llevará a asociar estas formas de culto seudoreligioso con el militarismo:

El sistema pretoriano es infalible en sus procedimientos e inexorable en su lúgubre putrefacción. ¿Qué ha hecho el pretorianismo con los héroes de la independencia de la América del Sur? Bolívar recibió incienso como un pontífice, flores como una virgen, himnos como un héroe y fue aclamado por su ejército como un dios fenicio o persa y al fin tuvo que saltar por una ventana para evitar los puñales de la turba *oficialesca* que quiso asesinarlo. El divino Sucre fue asesinado, Morazán, el fundador de la nacionalidad centroamericana, asesinado también; O’Higgins y San Martín tuvieron que expatriarse y morir en el silencio pavoroso de los dioses sin culto y de los ídolos arrojados a la basura. Páez y Soubllette fueron desterrados y después de ellos continuó la marcha macabra pretoriana con los presidentes, sobresaliendo Bolivia donde la turba *oficialesca* ha asesinado a once de sus ídolos en menos de 50 años (Bulnes 2009b, p. 220).

Alarmado por lo que considera una suerte de retroceso cultural en el marco de la modernidad mexicana, Bulnes redobla sus esfuerzos para negarle a

Juárez el carácter de héroe de la Reforma. Dice que es una “injusticia” sostenida “para satisfacer las necesidades filosóficas y ruines de nuestro espíritu latino, afligido por una decrepitud sin dignidad” afirmar que “Juárez por su constancia personifica nuestra guerra contra la intervención y el imperio” (2009a, p. 560) y que, dado el rol jugado por una sucesión de casualidades que terminaron favoreciéndolo –entre las que destaca el triunfo de los estados del Norte en la Guerra de Secesión norteamericana– concluye en afirmar que “La *casualidad* merece también su *centenario*” (2009a, p. 569). Juárez es, en opinión de Bulnes, una construcción mítica, “un ídolo de la veneración liberal”, “formado pieza por pieza con subterfugios políticos y material legendario extraído de los volcanes de nuestras ilusiones siempre encendidas, nunca para iluminarnos sino para calcinar nuestro espíritu”. De allí, que en un célebre pasaje en el cual funde la condición indígena con rasgos de religiosidad oriental, manifieste su preocupación ante la evidencia de que

[...] Juárez está en camino de ser un Buda zapoteca y laico, imponente y maravilloso, emanado del caos intelectual, siempre tenebroso por la ausencia de criterio en nuestras clases ilustradas, por la exuberancia de vanidad de nuestras masas, por la necesidad de catolicismo residual, que busca siempre una imagen, un culto, una piedad para la emoción social desprendida del sentimiento religioso [...] (Bulnes, 2009a, p. 575).

Sentimiento religioso que, como ha señalado David Brading, se transfirió del culto católico de los santos patronos y las imágenes sagradas como la Virgen de Guadalupe al culto a los padres fundadores de la patria, los íconos cívicos de la república liberal, que continuarían siendo honrados incluso después de producida la Revolución mexicana (Brading, 2011, pp. 30-31). Por algo Bulnes habla de un

“Buda [...] laico”; un dato sociológico que nuestro autor no era el único en señalar y que procuraba interpretar – favorablemente, esta vez– el más famoso de sus refutadores, el político y escritor Justo Sierra, quien en *Juárez, su obra y su tiempo*, contestaba implícitamente a Bulnes cuando afirmaba que “un mundo, un pueblo, una sociedad no pierden una religión jamás, sino que la cambian por otra que da mayor y mejor satisfacción al sentimiento religioso [...]” (Sierra, 1989, p. 38).

Situación que se había producido en la Francia revolucionaria y que, para Sierra, era deseable que se replicase en México, pero reorientando ese “sentimiento religioso” al culto de la patria moderna y liberal. Este fenómeno, que podría entenderse como una de las formas en que se produce la secularización, no es consistente con el ideal de modernidad que suscribe Bulnes. Precisamente es un rasgo de la secularización, en su faceta cultural, la migración del léxico sagrado a las esferas de lo profano, arrastrando consigo los resabios semánticos del ámbito primigenio, “una subversión del sentido primordial, sin el cual no obstante la nueva significación no podría ser percibida como nueva” y donde “La copresencia semántica funciona como un horizonte necesario contra el cual lo nuevo se distingue de lo viejo” (Foffani, 2010, p. 19).

De acuerdo con lo antedicho, podríamos aventurar que el verdadero problema en torno del *mito* de Juárez, tal como se había constituido en el panteón liberal mexicano, era para Bulnes, el hecho de que en el seno del proceso histórico de modernización había tenido lugar una nueva miraculización del mundo o que, paradójicamente, la secularización en tanto proceso ideológico y legal

no había ido acompañada por una genuina secularización cultural. De allí el énfasis puesto en la carta que hizo pública en el diario *El tiempo* de México, el primero de septiembre de 1904, en la cual amenazaba con irse a los Estados Unidos como refugiado político, por haber cometido el crimen de escribir un libro en el que negaba la divinidad de un hombre. En esa carta, explicaba muy claramente su posición frente a lo que veía como la construcción de una nueva religión al amparo del liberalismo y muy a pesar del cientificismo propiciado por la educación positivista:

Se me ha amenazado con expulsarme del partido liberal; se hará bien; mi condición social no es de esclavo, mi condición moral no es de abyecto, mi condición intelectual no es de idiota, mi condición política es ser liberal de la escuela de Ocampo, de Ramírez, de Altamirano y del mismo Juárez: No sirvo para servidor de ningún altar. Si el liberalismo en México se ha convertido en religión, yo seré el ateo contra esa religión. Soy lo suficientemente civilizado para no respetar *ídolos* más que en los *Museos* o en los gabinetes científicos [...].

Por tal motivo he tomado la determinación vergonzosa para el liberalismo mexicano de partir para los Estados Unidos y desde lo alto de su inmensa civilización, impregnada de su atmósfera luminosa a fuerza de liberto; alentado por el solemne espectáculo de la dignidad de sus ciudadanos e inspirado por el aspecto monumental y eterno del conjunto de sus *Derechos* hacer mi defensa personal y la de mi libro; llevando como refugiado, el título de gloria de *haber sido expulsado de la Cámara de Diputados* por el crimen de haber escrito un libro en que niego la divinidad de un hombre (Bulnes, 1905, pp. 38–39).

Lo paradójico del caso es que, años después, en un artículo publicado en *El Universal* el 15 de enero de 1923, nuestro autor confesaba que había sido él mismo quien tuvo la idea de instaurar el culto cívico a Juárez, como una forma de contrarrestar la euforia católica por la coronación de la Virgen de Guadalupe. Sus palabras al respecto merecen citarse:

Al notar que en las masas de la Capital, había una excitación católica amenazante con borbollones de fanatismo; comprendí que era necesario poner frente al culto de la Virgen de Guadalupe, otro culto laico y escogí a don Benito Juárez. Yo fui el fundador del culto a Juárez el 18 de julio de cada año. Y escogí al señor Juárez, no porque nos hubiera dado la democracia, sino por ser el símbolo de la Reforma ya activo en la conciencia popular. Me ayudaron en esa obra, el licenciado don Juan José Baz, su hijo Gustavo (Calibán), el general Sóstenes Rocha, el célebre guerrillero Aureliano Rivera y el prestigiado reformista don Guillermo Prieto, que fue el primer orador en la primera fiesta del culto a Juárez (Bulnes, 1927, pp. 294–295).

Bulnes se presenta a sí mismo como el ideólogo del culto a Juárez, en una suerte de experimento sociológico que, finalmente, tuvo éxito –quizás demasiado. Aunque él mismo dice que Juárez ya era el símbolo de la Reforma “en la conciencia popular”, se adjudica el rol de agente central en la constitución de este mito laico para establecer sus límites o darle fin, tal como ha advertido Rogelio Jiménez Marce (2003, p. 280). No obstante, él mismo queda atrapado en su intento de manipular el imaginario social, pues mientras busca desacreditar el halo entre heroico y divino con que se adornaba por entonces la figura de Juárez, su retórica exhibe su deuda con el proceso de sacralización de lo profano que es consustancial a la creación del culto laico a los héroes de la patria por el cual abogaba Sierra, en el pasaje que citamos líneas arriba. Así, al comparar a Juárez con Ocampo, la opinión de Bulnes, más favorable a este último, se apoya en la consideración de que había sido Ocampo y no el expresidente la

verdadera figura de principios morales inquebrantables y narra su deceso en el mismo tono en que podría relatarse el *tránsito* de un santo, al decir que murió “con la túnica blanca del apóstol, sin la más ligera mancha que empañara su pureza” (Bulnes, 2009a, p. 582).

III

Siempre en asociación con estas cuestiones, coincidimos con lo señalado por Erika Pani en la introducción a su edición de *El verdadero Juárez*, respecto de la necesidad de una relectura del tan mencionado como poco explorado *racismo* de los científicos, que ha sido causa de la descalificación acrítica de figuras como Bulnes (Pani, 2009, p. 20).

Un rastreo, en el libro que nos ocupa, del tópico racial, nos permite matizar o complejizar el tantas veces mencionado racismo de Bulnes. Recordemos que cinco años antes, en *El porvenir de las naciones hispanoamericanas*, había vaticinado una interpretación negativa sobre el futuro de la raza nativa americana basándose en argumentos deterministas a partir de variables como su alimentación. En *El verdadero Juárez* habla de la moral de la raza latina, que en algunos aspectos se ve colocada, incluso, por debajo de la indígena, como cuando asigna al ejército de ocupación francés una moral inferior a la de los “pieles rojas” (Bulnes, 2009a, p. 55). Traemos aquí nuevamente a colación su asociación del jesuitismo con el catolicismo latino o su observación de que el mito de Juárez era una necesidad del *espíritu latino*. Los ejemplos al respecto podrían multiplicarse.

La pervivencia de estos rasgos culturales preseculares tanto en la ciudadanía mexicana como en la persona y conducta de Juárez son explicados por Bulnes recurriendo, en más de una ocasión, a tipificaciones de orden racial. El mismo accionar de la Compañía de Jesús responde, al decir de Bulnes, al “principio [...] esencialmente latino”: *el fin justifica los medios*, principio que “[l]a raza anglosajona condena”. De allí, afirma nuestro autor, que “El católico latino moderno es, pues, lógico con su raza, con su historia, con su naturaleza, con sus necesidades espirituales, cuando sobrepone a todo *la salud de la religión*, de mismo modo que los jacobinos justifican todas sus atrocidades con la *salud del pueblo*” (Bulnes, 2009a, p. 337). Hasta aquí, podríamos ver una variación más del tópico de la “decadencia latina”, que se había instalado entre la guerra franco-prusiana de 1871 y la hispano-estadounidense de 1898 (Rojas, 2000, p. 598). También, una variación local del discurso de la eugenesia, que en gran medida había articulado los debates culturales de las élites políticas latinoamericanas poscoloniales.

Sin embargo, cabe aclarar que la posición de Bulnes respecto de estos argumentos raciales, que se habían banalizado al punto de convertirse en una suerte de lugares comunes, no es monolítica. Muchas veces, por el contrario, denuncia la simpleza de apoyarse en estos argumentos poco sólidos para explicar el accionar de personas, pueblos o ejércitos, como ocurre cuando narra el episodio del sitio de Puebla durante la guerra de intervención. Según la versión de nuestro autor, el general González Ortega, del ejército de Juárez, había tomado una decisión militar a partir de un juicio seudocientífico respecto de la raza latina: decidió ocupar Puebla dando por sentado que los franceses tratarán de tomarla a la fuerza. Pero dicha estrategia militar no funcionó, los franceses no se lanzaron al combate contra la plaza fuerte sino que le pusieron sitio, un “sitio científico” (Bulnes, 2009a, p. 165). En el siguiente pasaje, Bulnes culpa a Juárez y los suyos de proceder de acuerdo con prejuicios respecto del temperamento y conducta de los soldados de raza latina:

[...] Para nuestros directores militares y civiles de la campaña de 1863, el ataque y defensa de las plazas fuertes, no estaba sometido a reglas científicas, muy acreditadas en la práctica; era una cuestión de puro brío, una cuestión de caballos; un ejército holandés no podía atacar plazas por ser flemático, tampoco los ejércitos alemanes, ingleses, rusos. En cambio todos los países nerviosos tenían que asaltar las plazas fuertes de improviso, para ser derrotados. La derrota ante plazas fuertes era una propiedad imprescriptible, inevitable, preciosa de la raza latina. Juárez no era de raza latina, pero entendió y respetó sus misterios: la táctica y la estrategia latina era una simple afección de nervios; el mejor general tenía que ser una mujer histérica (Bulnes, 2009a, p. 164).

Lo antedicho no es obstáculo, sin embargo, para que Bulnes caiga en razonamientos similares a los que cuestiona y asocia los rasgos de carácter del personaje de Juárez con su origen étnico: la imperturbabilidad de Juárez ante eventos sumamente complejos o la lentitud que le atribuye en la toma de decisiones, son leídas como signos de debilidad, atribuibles a su condición indígena (Rojas, 2001, p. 45). Así, la firmeza de su carácter no es un valor moral sino “el valor impasible extendido en el fondo de su carácter” (Bulnes, 2009a, p. 88), y ante sus cambios de actitud y de cursos de acción, se pregunta: “¿Quién era Juárez? ¿La pluma muerta con que juega el viento o un gran carácter como lo afirman hasta sus enemigos?”. Su respuesta es, nuevamente, determinista:

Juárez solo concibe el poder, la vida, la política, como se lo hace sentir su raza, con su invariable cerebro de plomo y como se lo ha enseñado el único libro que ha leído bien, *La política*, de Benjamin Constant, apologética del régimen parlamentario. Juárez como gobernador de Oaxaca fue siempre religioso, casi místico, creyente en los milagros de Nuestra Señora de la Soledad y después en su presidencia parlamentaria emanada de un sufragio popular correcto y puro, pero imaginario fue un misterioso católico liberal [...] (Bulnes, 2009a, p. 105).

En otro pasaje, le atribuye “la impasibilidad tétrica de un Torquemada” que pretende ejercer justicia en nombre de un patriotismo “sanguinario”, poco “racional” (Bulnes, 2009a, p. 488), habla del “aturdimiento infantil de Juárez”, de “su impasibilidad basáltica” (2009a, p. 566) y llama “peregrinaciones” a los desplazamientos durante su exilio de la capital –que describe como un paseo bastante cómodo, en oposición a los sufrimientos padecidos por quienes combatían en el frente de batalla (2009a, p. 561). Juárez se convierte así en un símbolo o cifra de ese contradictorio proceso de modernización que, a los ojos de Bulnes, resulta contradictorio si se pretende involucrar en él a la raza indígena, algo así como afirmar que la lectura de Constant y el ideario liberal no pueden internalizarse sinceramente en una subjetividad indígena. Como si en la misma personalidad de Juárez tuviera lugar ese enfrentamiento binario que, para Michel Foucault, es consustancial a la guerra de razas que se esconde bajo la superficie de sociedades aparentemente en paz (Foucault, 1996, p. 55).

El ídolo de las leyes de Reforma, se convierte, entonces, en el representante por antonomasia del racismo biológico-social, tal como lo explicó Michel Foucault: esa idea según la cual la sociedad no es amenazada por un enemigo exterior sino por un desdoblamiento de razas en el seno de una misma población, enfrentamiento que en este caso estaría cobrando forma en un mismo sujeto. Ya es un lugar común señalar el impacto que tuvieron los discursos del positivismo, del darwinismo social y del evolucionismo en la conformación de esta interpretación del conflicto social desde un enfoque racista (Rojas, 2000, p.

597). Pero lo que nos interesa destacar es cómo, en la prosa bulnesiana, el problema de la raza se corresponde con una apreciación de lo que podríamos denominar el *potencial de secularidad* de la sociedad mexicana y de los agentes de su modernización que, al pensar lo social en términos deterministas, lleva a Bulnes a formular esas sentencias en las que define a Juárez como un *Buda zapoteca y laico*, un *misterioso católico liberal* o, incluso, en una imagen que hace presente la amenaza de un retorno atávico al primitivismo y la barbarie, caracterizar al expresidente como “una divinidad de *teocali*, impasible sobre la húmeda y rojiza piedra de los sacrificios” (Bulnes, 2009a, p. 582).

IV

Ya para finalizar, digamos que la escritura histórica y biográfica de Bulnes funciona como una operación desmitificadora de la imagen consagrada del expresidente Benito Juárez, una suerte de héroe nacional o divinidad secular que había sido la figura tutelar –primero como Ministro de Justicia e Instrucción Pública y luego como Presidente– de las secularizadoras Leyes de Reforma en México, verdadero origen, para muchos historiadores, de la República moderna. El hecho de que Juárez hubiese pasado del mundo oral zapoteca a posiciones de prestigio en la sociedad letrada y política mexicana, que lo convertían, a ojos de otros autores, en un ejemplo paradigmático de las posibilidades humanas de autosuperación y de *progreso*, es usado por Bulnes en apoyo de valoraciones negativas y seudocientíficas acerca de la raza. En el desarrollo de su exposición histórica, y de pretensiones sociológicas, procura demostrar que esos mismos componentes raciales del sujeto biografiado eran inescindibles de su religiosidad; que esa religiosidad, en su versión católica, era inherente al pueblo mexicano y que había propiciado, en un proceso circular, el culto al propio Juárez. Un culto que Bulnes busca entender y conjurar a partir de dos ejes interrelacionados: el componente racial y la persistencia de formas pre-seculares de pensamiento que subyacían en el proceso de modernización mexicano y convivían, no sin contradicciones, con las figuras y eventos históricos celebrados por la nación liberal.

Desde esta perspectiva, *El verdadero Juárez* puede leerse como algo más que el eje de una polémica entre *científicos* y *reyistas* en el seno del Porfiriato o entre la historiografía liberal y la revisionista –funciones que, desde luego, cumplió⁹. Es una biografía que se proyecta en una *crítica histórica*, como decía el mismo autor, pero no solo de un personaje o de los eventos históricos que dieron lugar a la aventura del segundo imperio en México, sino de la modernidad cultural tal como se estaba produciendo en ese país. Para Bulnes, no había modernización cultural posible sin el incremento de la cultura científica, como compartían muchos adeptos al pensamiento positivista en América Latina, pero también, como muchos liberales de su generación, sin un adecuado proceso de secularización en el campo no solo sociopolítico sino, fundamentalmente, cultural en sentido más amplio. Si recordamos aquí lo que decía Harvey Cox en su clásico libro sobre *La ciudad secular*, acerca de la estrecha vinculación entre la secularidad y la modernidad, quizás podamos entender un poco mejor el impacto de la crítica de Bulnes: del seno de la ciudad letrada, moderna y *científica*, surgía una crítica al proceso de modernización que denunciaba el *bajo coeficiente*

⁹ Entre otros efectos producidos por el libro de Bulnes se cuenta el haber trasladado la discusión de ámbitos tradicionales como la prensa y la tribuna hacia un medio poco utilizado para dirimir disputas como lo era el libro, según lo señala Rogelio Jiménez Marce (2003, pp. 19–20).

de secularización alcanzado por la sociedad mexicana, muy a pesar de las reformas legales, de las políticas laicistas y de la educación moderna¹⁰.

Que esa crítica tuviese lugar en un escrito biográfico, no es, tampoco, irrelevante: recordemos que, para muchos estudiosos, el género biográfico tiene su origen en la antigua *laudatio funebris*, la oración funeral que pronunciaba, en la tradición romana, un pariente o amigo del muerto (Garraty, 1964, pp. 28 y 42). Entre la celebración memoriosa y el balance de la vida de un hombre público, como lo había sido Benito Juárez en grado superlativo, las biografías que se escribieron sobre el expresidente cumplían con esa funcionalidad de tantos discursos fúnebres: la de ser, primordialmente, un ejercicio simbólico *ad usum* de los vivos. Las biografías del presidente liberal por antonomasia, Benito Juárez, escritas en el último período del Porfiriato, contaban la vida de un muerto ilustre, una figura sacra y fundacional, pero su funcionalidad era revertida por la pluma irónica de Bulnes, para lanzar una advertencia acerca de las contradicciones profundas y los ritmos desajustados con los que México procuraba acoplarse al proceso de modernización occidental, un proceso que no había logrado *desencantar el mundo* sino que lo había ocultado tras las nuevas mitologías que había engendrado. Una advertencia más que pertinente, como lo iba a demostrar, en muy pocos años, el estallido de la Revolución.

REFERENCIAS

- Brading, D. (1996). Francisco Bulnes y la verdad acerca de México en el siglo XIX. *HMex*, vol. (xlv), pp. 621-651.
- Brading, D. (2006). Juárez, conductor de hombres. Traducción de Una Pérez Ruiz. *Letras libres* vol. (#), pp. 50-54.
- Brading, D. (2011). Myth and Images in Mexican History: Foundations and Legitimacy. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, vol. (xxxiii), pp. 9-31.
- Bulnes, F. (1899). *El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las recientes conquistas de Europa y Norteamérica (estructura y evolución de un continente)*. México: Sociedad de Artistas y Escritores "Generación del Segundo Cuarto de Siglo".
- Bulnes, F. (1905). Una carta de Don Francisco Bulnes. En J. T. Pérez. *Bulnes a espaldas de Juárez. Refutación a la obra "El verdadero Juárez". Contiene también un importante apéndice de lo que la prensa publicó respecto de la obra y persona de D. Francisco Bulnes* (pp. 37-40). Morelia: Talleres de la Escuela J. M. Porfirio Díaz.

¹⁰ En su clásico estudio, Harvey Cox vincula el proceso de secularización con el de urbanización, en la modalidad seguida desde el Renacimiento en Occidente. Las ciudades modernas no deben entenderse, según él, como ciudades al estilo antiguo que alcanzaron un mayor tamaño. Son radicalmente distintas, tributarias del desarrollo tecnológico y la racionalización económica y política (transportes y medios masivos de comunicación, organización burocrática, posibilidades de un mayor anonimato y movilidad, etcétera). En ese sentido, son *tecnópolis*, herederas de las revoluciones industriales, y ámbitos cuya diversidad humana y social permite la comparación y consecuente relativización de dogmas antiguamente considerados incuestionables. Desde esta perspectiva, la secularización no es un enfrentamiento o persecución de las religiones sino el proceso cultural en cuyo seno la religión es puesta entre paréntesis, proceso también conocido como la privatización de la religión. Por ello, arguye Cox, la vida urbana y moderna es profana, no en el sentido de sacrílega sino de a-religiosa, y propicia un a-teísmo que no tiene por qué derivar en anti-teísmo. En la misma línea, el significado de los eventos históricos y sociales no tiene un significado ontológico sino funcional, orientado hacia proyectos y propósitos. Siempre al decir de este autor, la secularización tiene un componente sociopolítico –visible en el ámbito institucional, cuando se separa, por ejemplo, la esfera administrativa clerical de la secular– y otro, que no siempre va acompasado con el primero, que es cultural y que denota la desaparición de la sobredeterminación religiosa de los símbolos propios de la integración cultural. La secularización cultural es un proceso que libera al hombre de visiones del mundo metafísicamente cerradas, a diferencia del secularismo, una ideología que vuelve a ofrecer una visión cerrada del mundo y que funciona, muchas veces, como una nueva religión. La tolerancia ideológica es consustancial al modo de vida secularizado desde el ángulo cultural, así como la desacralización de la política y toda otra manifestación de lo social. Remitimos para esta síntesis a Cox 1990, especialmente *Introduction. The Epoch of the Secular City* (pp. 1-12) y *Part One. The Coming of the Secular City* (pp. 13-88).

- Bulnes, F. (1927). La expulsión de Monseñor Filippi. En *Los grandes problemas de México* (pp. 293-297). México: Ediciones de *El Universal*.
- Bulnes, F. (2009a). *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio*. Estudio introductorio y notas de Erika Pani. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM).
- Bulnes, F. (2009b). *Las grandes mentiras de nuestra historia. La nación y el ejército en las guerras extranjeras*. México: Instituto Mora/Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.
- Cox, H. (1990). *The Secular City. Secularization and Urbanization in Theological Perspective*. Nueva York/Toronto: MacMillan.
- Díaz Escoto, A. S. (2008). Juárez: la construcción del mito. *Cuicuilco*, vol. (xv), pp. 33-56.
- Foffani, E. (2010). Literatura, Cultura, Secularización. Una introducción. En Foffani, E. (Ed.). *Controversias de lo moderno. La secularización en la historia cultural latinoamericana* (pp. 11-34). Buenos Aires: Katatay.
- Foucault, M. (1996). *Genealogía del racismo*. Trad. A. Tzveibel. La Plata: Altamira.
- González Navarro, M. (1988). Las ideas raciales de los científicos. *Historia Mexicana*, vol. (xxxvii), pp. 565-583.
- Hale, Ch. (1997). Introducción. En *Justo Sierra. Un liberal del Porfiriato* (pp. 7-17). México: FCE.
- Jiménez Marce, R. (2003). *La pasión por la polémica. El debate sobre la historia en la época de Francisco Bulnes*. México: Instituto Mora.
- Jiménez Marce, R. (2009). Estudio introductorio a Francisco Bulnes. *Las grandes mentiras de nuestra historia. La nación y el ejército en las guerras extranjeras* (pp. 11-89). México: Instituto Mora/Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.
- Lemus, G. (1965). *Francisco Bulnes. Su vida y sus obras*. México: Ediciones de Andrea.
- Luna Argudín, M. (2008). Cinco formas de representar el pasado, a propósito de las polémicas en torno de Juárez (1905-1906). *Historia Mexicana*, vol. (lvii), pp. 775-861.
- Matute, Á. (1991). Notas sobre la historiografía positivista mexicana. *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, vol. (21), pp. 49-64.
- Moreno García, H. (1988). Tres porfiristas frente al Juárez de la Reforma y la Intervención. *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, vol. (ix), pp. 55-81.
- Pani, E. (2009). Francisco Bulnes, zapador: *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio*. En Bulnes, F. *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el imperio* (pp. 9-34). México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM).
- Pani, E. (2011). Estudio introductorio. En Bulnes, F. *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma* (pp. 9-32). México: Instituto Mora.
- Real de Azúa, C. (1983). Los males latinoamericanos y su clave. *Punto de Vista*, vol. (vi), pp. 17-28.
- Rodríguez Kuri, A. (2005). Los usos de Bulnes. En Clark de Lara, B. y Speckman Guerra, E. (Eds.). *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Volumen III. Galería de escritores* (pp. 413-428). México: UNAM.
- Rojas, R. (2000). Retóricas de la raza. Intelectuales mexicanos ante la guerra del 98. *Historia Mexicana*, vol. (xlix), pp. 593-629.
- Rojas, R. (2001). Juárez: un legado en disputa. *Letras libres*, vol. (#), pp. 44-46.

- Salmerón, A. (2008). Estudio preliminar. En Bulnes, F. *El verdadero Díaz y la revolución. Rectificaciones y aclaraciones a las Memorias del General Porfirio Díaz* (pp. 11-103). México: Instituto Mora.
- Sierra, J. (1989). *Juárez, su obra y su tiempo*. México: Porrúa.
- Terán, O. (1983). *América Latina: Positivismo y Nación*. México: Katún.
- Weinberg, G. (1998). *La ciencia y la idea de progreso en América Latina, 1860-1930*. Bs. As./México: FCE.
- Zea, L. (1968). *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*. México: FCE.